

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, diciembre de 1953

Núm. 1018

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

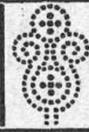
"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN



El ángel fotógrafo (Leyenda)



ME río de la fotografía en colores, última palabra de las ciencias físicas en este nuestro mundo; porque en el otro hace ya más de seis mil años, que se conoce y se practica, a juzgar por la siguiente relación:

Era después de la creación de los ángeles y cuando el Señor principiaba a dar forma al Universo físico.

Ante cada obra que salía de sus manos, el Señor se detenía, la contemplaba, veía que era buena, y pasaba adelante.

Si al Señor, pues, le admiraban sus propias obras, calculen ustedes lo que sucedería con los ángeles. ¡Qué explosiones de alegría, de admiración y de entusiasmo no sucederían a la aparición de las obras magníficas del Creador!

Desde el principio hubo un ángel, el ángel Uriel, que tuvo la curiosidad de retratar y coleccionar en una vasta llanura del cielo todo lo que el Señor iba creando con sus colores naturales, en tamaño muy reducido, claro está, y con procedimientos muy originales, que nos son completamente desconocidos.

Era aquella una verdadera exposición universal, que llamó la atención del mismo Dios por su pulcritud, pureza, orden y parecido de las cosas. Todo el cielo desfiló por delante de aquel monumento admirable, que de tal modo pregonaba la grandeza del Señor; venía a ser una edición pequeña de la grande obra del Universo.

Y la verdad, que había sobrados motivos para ello. Allí se veía el sol, la luna, las estrellas, la tierra, paisajes a millares de auroras y puestas del sol, diamantes de todos los tamaños y luces, toda clase de piedras preciosas, los montes más escarpados, ciervos, leones, tigres, panteras, aves, las más raras y caprichosas, insectos, mariposas multicolores; en fin, el Universo en miniatura.

Mucho trabajo le había costado al ángel; pero la verdad es que podía estar realmente satisfecho. Cuando el Señor terminó de crear el mundo físi-

co, coronó su obra creando a nuestro padre Adán, la obra más hermosa y también la más delicada. El tiempo le faltó al ángel Uriel para bajar al paraíso y sacar una instantánea en donde aparecían retratadas, no solo la hermosura del cuerpo esbelto de nuestro primer padre, sino también la grandeza y hermosura de su alma pura y sumamente angelical.

Este retrato lo colocó el ángel en medio de aquella colección, digno remate de obra tan portentosa.

Pero hubo otro ángel, el ángel Gumiel, que entusiasmado ante tanta maravilla, se dijo: «Yo he de tener bien pronto otra colección igual».

Y, efectivamente, la obra del Universo estaba intacta: retratar sabía, por supuesto, allí todos saben; un poco de trabajo y asunto concluido.

Puso manos a la obra; tomó una máquina, allí todas son excelentes, y comenzó a recorrer el Universo.

Cada viaje que hacía, regresaba cargado de clichés y pruebas positivas, que iba sacando por el camino, siendo muy felicitado por su actividad y buen acierto. Al poco tiempo su colección era tan numerosa, variada y escogida, como la del ángel Uriel. Le faltaba la obra maestra, el retrato de Adán, que ya había sido echado del paraíso.

El ángel bajó a la tierra, buscó a Adán y quedó desilusionado. Adán no era el mismo; era inútil sacar una instantánea de aquella naturaleza en ruinas. Sin embargo, enfocó, dió al obturador, reveló y... nada: la placa sucia, toda manchada. Pensó al subir al cielo que el ángel Uriel le dejaría el cristal negativo del retrato de Adán, antes de caer; todo inútil. El cristal se había hecho pedazos y Uriel se resistía a dejar reproducir la más hermosa de sus obras.

No había más remedio que tener paciencia y buscar entre los hombres alguno que, por sus cualidades, se pareciese al primero.

Todo inútil; cuantas veces probó, otras tantas rompió con horror los clichés impresionados. Todos salían

manchados, borrosos, llenos de motas y de lacras.

Un ángel le llamó cierto día la atención, y le dijo: «Estás perdiendo un tiempo muy precioso; no tienes tú la culpa, ni los clichés, ni los líquidos; es que el hombre no es de otra manera; la máquina saca lo que hay; es de por más cuanto hagas».

No se dió, sin embargo, por vencido Gumiel. Supo que el Señor había llamado justo a un hombre, a Noé, y volvió a bajar a la tierra. Enfocó; dió el obturador, reveló: nada, un poco más limpia, pero ni sombra de lo que había sido Adán.

Así fué sucesivamente retratando a Abraham, a Isaac, a Jacob, a todos los Patriarcas y profetas, incluso al mismo Moisés. Como si no; el pobre iba sembrando su camino de clichés rotos y sucios.

Un día oyó que en la tierra había un rey cortado a medida del corazón de Dios: era el rey David. Nueva bajada, nueva prueba y nuevo desengaño: era aquél un asunto desesperado.

Cierto día creyó tener una idea luminosa; pensó que los hombres eran seres manchados por el pecado, por la mentira, por toda clase de miserias; pero había un remedio: remontarse por la corriente de la vida hasta llegar a su origen, en una palabra, retratar a los niños, es decir, retratar al hombre en su misma fuente antes de correr por la tierra.

Y se dedicó a retratar niños recién nacidos. El pobre angelito al sacar la primera prueba del retrato, sufrió el desencanto más desolador que puede sufrir un artista: la placa aparecía manchada en toda su extensión. No cabía duda, la mancha estaba en su origen, el agua corría turbia del manantial; todo era inútil. Rompió el cliché, y al romper el cliché, se le destrozó también toda esperanza.

Más he aquí, que cierto día, afortunado, el ángel Gumiel quiso dar una vuelta por la tierra, pos si acaso daba con alguna cosa curiosa, que todavía no figurase en su colección descabezada. De un vuelo fué a parar a la cumbre más alta del Himalaya; desde allí en otro vuelo, fué a parar a la cima del Sinaí, pero al cruzar sobre una

de las aldeas de Palestina, vió un objeto que le hizo detener rápidamente el vuelo. Sabido es que los ángeles ven a través de los cuerpos todo cuanto existe, así que ven en el interior de las cosas como si las paredes fueran de cristal.

El ángel se aproximó cuanto pudo, y quedó suspenso, casi anonadado. No había visto cosa parecida entre las creadas. ¡Qué pureza de líneas, qué candor tan delicioso, qué proporción tan admirable, qué modestia tan seductora, cuánta luz y cuánta hermosura en todo su ser! Era una joven de unos quince años.

El angelito se olvidó del Sinaí, de todo; y solo pensó en armar su máquina y sacar una instantánea de aquella preciosa criatura. La jovencita estaba en oración, así que le dió tiempo para todo. Enfocó, dió, al obturador, reveló, y como un rayo se le vió elevarse y perderse en las regiones del empireo, loco de contento. Pronto sacó una positiva, con la cual cerró magníficamente la colección.

Cundió la voz por todo el cielo, que desfiló en masa por delante de aquella maravillosa figura. Los angelitos se quedaban embelesados, y eso que están acostumbrados a ver cosas bonitas; sin embargo allí estaban horas y horas. Y todos se apartaban diciendo: «Toda hermosa es y no hay en ella mancha alguna». Su belleza superaba sin comparación a la de Adán, confesaban todos.

El ángel Uriel tuvo empeño especial en sacar una copia para su colección; inútil empeño; Gumiel con mucha razón le contestó diciendo: «Tú no me dejaste retratar a Adán, tampoco yo te permito sacar de mi original una prueba».

Poco le hubiera importado a Uriel si hubiera sabido donde estaba la criatura aquella tan pura y hermosa. Con bajar a la tierra y sacar una foto, estaba todo arreglado; pero no lo sabía. Poco duró, sin embargo el misterio.

* * *

A los pocos días, era llamado el arcángel Gabriel ante el trono del Altísimo, sin duda al objeto de confiarle una misión importante. Una curiosidad general se apoderó de todos los espíritus angélicos, sobre cual podía ser el objeto de aquella llamada. Trascendental tenía que ser la misión, pues los arcángeles solo intervienen en asuntos de grandísima importancia, y muy urgente al mismo tiempo, pues en un abrir y cerrar de ojos víose al arcángel retirarse, buscar en el espacio con escrutadora mirada la Tierra y lanzarse como el rayo, atravesando las gasas azules del firmamento, hasta detenerse en nuestro planeta, en un pueblecito de Palestina, llamado Nazareth, en una humilde habitación en donde se encontraba orando una jovencita de quince años. El ángel había dejado en su carrera una ráfaga luminosa, un halo de luz, que servía de guía a las miradas de los ángeles.

Contemplar los angelitos a aquella joven con la cual estaba hablando Gabriel, y lanzar una exclamación general, todo fué uno. Era la misma, la retratada por el ángel Gumiel.

Pero, cual no fué su asombro cuando observaron, pasada la entrevista, que el mismo Espíritu Santo bajaba y tomaba posesión de aquellas entrañas en las que se encarnaba el hijo de Dios.

Llenos de profundo respeto, con las alas temblorosas, hicieron resonar en el empireo este grito entusiasta: «Mater, Mater, Mater purísima».

Al cual contestaba otro coro desde el seno de Abraham: «Ora, ora, ora pro nobis».

Y así fueron alternando: «Mater Immaculata».

«Ora pro nobis».

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Ya la Navidad nos recuerda la familia de Nazaret. Esta familia nos da las normas de la vida cristiana. De ella hemos de aprender muchas cosas e imitar muchas más.

Como madre y esposa, María, señala el camino de la mujer en el hogar. Como padre y esposo, José, dice a todos los hombres, cual es su misión en la familia cristiana,

Ellos lo han dicho todo con su ejemplo sublime. A nosotros nos corresponde vivir como debe vivir la familia católica.

La época de Navidad nos lo recuerda. No lo olvidemos en los demás días del año.

* * *

Pero la familia tiene una fase previa de organización.

Es la época en la cual el hombre y la mujer se ponen de acuerdo para unirse en matrimonio.

Y ahora bien, en esta época los momentos decisivos que discutimos, muchas veces con nosotros mismos, son de una importancia extraordinaria.

La esposa o el esposo, no es el pasatiempo de unos días, ni de una temporada, es el compañero o compañera de toda una vida. Es la convivencia para siempre, es la unión más íntima del hombre y la mujer, es el estar juntos siempre, no solo en las horas alegres, sino también en las amargas y dolorosas. Es el alternar constantemente, en las horas más íntimas, con una persona hasta hace pocos días extraña a nuestra familia. Es el compartir la misma comida, las mismas costumbres, el mismo modo de vivir. Es el decidir para el resto de nuestra vida, de acuerdo ambos, en todas las cosas, grandes y pequeñas, que se nos plantean a diario. Es el consolarse mutuamente cuando el dolor nos visita, es el privarnos, a veces, de grandes comodidades y de ambiciosos deseos en consideración a la esposa o al esposo, es el sacrificio constante y permanente por la felicidad conyugal y el bien de los hijos.

Por eso, esa época pre-matrimonial ha

de ser estudiada con mucha atención.

No debemos de obrar ligeramente en esos momentos tan trascendentales de nuestra vida. Corremos el riesgo de vivir infelices para siempre. La mujer que elija nuestro corazón habrá de responder a nuestros pensamientos de la vida futura. Una revisión de la vida que nos espera, de la vida íntima, permanente, hasta nuestra vejez, de que un día desaparecerá de nosotros la fortaleza, la belleza, el buen aspecto varonil o femenino, de que las enfermedades destrozarán nuestras mejores cualidades corporales; todo esto ha de ser meditado antes de tomar una decisión tan importante que habrá de ser en el resto de nuestra vida lo que haga de nosotros la desgracia o la felicidad.

El matrimonio está constituido por Dios para la procreación de los hijos, cumpliendo así el mandato divino, y cualquier otra idea del matrimonio, con miras egoístas, ambiciosas, o simplemente superficiales, creyendo que tal matrimonio es un fin, cuando sólo es un medio para cumplir tal mandato divino, es equivocado, falso, y como tal, las consecuencias son sufridas por los mismos esposos, víctimas de un error que pudieron haber evitado a tiempo y cuyo castigo habrán de sufrirlo en el resto de sus días.

A tiempo la Iglesia nos dice lo que el matrimonio significa y lo que en él debemos de buscar. No podemos considerarnos engañados en medio de un mundo civilizado, donde el sacerdote repite de continuo la moral que debe de presidir tan importante acto de nuestra vida.

Los jóvenes aun estáis a tiempo. Quienes erraron, la resignación cristiana les ayudará a llevar su cruz. Quienes acertaron en la elección, felices ellos, pues Dios bendecirá sus hogares y la fé suavizará las penas y dolores que puedan nublar temporalmente su vida de familia cristiana.

Y dijo Jesús.....: lo que Dios juntó no lo separe el hombre.

R.

Grandeza de Jaime I el Conquistador

Todo en él era grandeza y magnanimidad. Era un gigante de cuerpo y de alma. Su bravura y su fuerza hercúlea era tal, que, con su terrible espada, sembró el terror y la desolación cercenando cabezas entre la morisma de Mallorca.

La Historia nos da innumerables ejemplos de su valor y su noble corazón y uno de los más representativos, porque acaeció cuando tenía solamente diecisiete años, es el que exponemos aquí, poniendo de relieve su ascendiente sobre las gentes que con él se relacionaban.

Ya entonces era hombre de fuerza singular y llevado de su espíritu de conquistador y de su arrojo sin igual, emprendió la marcha sobre los moros que se encerraban en Valencia. Los nobles, barones de su reino, se abstuvieron de acudir al llamamiento que el rey les hizo, quizás por recelar de su excesiva juventud y por ha-

llarse en aquel entonces trastornada la unidad del reino por la ambición de los próceres, desarrollada bajo la minoría de edad de Don Jaime.

Este desvío de los magnates, contribuyó a que la campaña se malograra por la falta de tan principal apoyo y Don Jaime tuvo que concertar tregua con los musulmanes valencianos y retirarse a Daroca.

Iba de regreso a esta villa, cuando por el mismo camino y en dirección contraria, advirtió la proximidad de numeroso ejército. Compuesto éste de importante huéste, lo encabezaban sesenta caballeros de los que soslayaron prestarle su concurso y al frente de ellos, altivo y poderoso iba Don Pedro Ahonés.

Este prócer de figura corpulenta e impresionante, había regido los destinos del reino durante la infancia y tierna juventud del monarca, prestándole señalados servicios y contribuyendo a una estabilidad que hiciera fácil el acceso al gobierno, del joven rey, cuando se considerara con aptitud y discernimiento harto maduro para asumir tal responsabilidad.

Más, a pesar que el Rey Don Jaime cogió las riendas de su estado, Don Pedro Ahonés, llevado por su ambición acrecentada durante los años de su gobierno, pretendía imponer su valer al nuevo soberano y aun cuando éste demostró que era niño que podría andar sin andaderas, se obstinó el insigne guerrero en obrar por cuenta propia, ya que el rey desistía de sus consejos.

Y ahora al hallarle Don Jaime frente a frente, demandóle por el objeto de aquella tropa y tan importante reunión de caballeros.

Contestó el de Ahonés que se dirigía a la conquista de Valencia y ello exasperó a Don Jaime, que le ordenó volver a Daroca con su lucido ejército.

Ya en el salón de palacio afeóle el monarca su actitud.

—Don Pedro, fuerza es que escuchéis razones de cordura y buen sentido, que si mi brazo fracasó en Valencia, por falta de vuestro concurso y de los demás que os acompañan ha sido. Absurda y grotesca cosa fuera, que un rey permita empresas particulares mientras él concierta treguas con el enemigo por falta de lanzas que le apoyen.

—Empresa ha sido vuestra en que os aventurasteis sin experiencia ni consejo.

—Sabed, apreciado Don Pedro, que desde hoy mis barones someterán y unirán su experiencia bajo mis órdenes y admitiré sus valiosos consejos cuando yo los necesite.

—Hasta ahora goberné vuestros asuntos con feliz resultado. No es prudente que obstaculicéis mi labor que es consecuencia y continuación de una sana política por mí iniciada.

—Nadie trata de obstaculizar sino de aunar nuestros esfuerzos. Vos podréis continuar por el momento vuestra buena política en lo que de bueno tenga para nuestra unidad; pero dejad que yo señale cómo y cuándo ha de ser.

—No puedo retroceder en esta empresa sin menoscabo de mi autoridad y mi dignidad.

—¡Calmaos! que, ni vos ni los que os acompañan, deben tener ni apreciar otra autoridad ni otra dignidad que las de su

rey. Esta es la lealtad que yo os pido y que os cuadra.

—Respeto vuestros deseos y a ellos me someteré gustoso; pero en esta ocasión no puedo retroceder.

—Decid a los otros que así lo exige el rey.

—¡No puedo hacerlo, señor!

—¡Os lo ordeno, Don Pedro!

—¡Es un ultraje y un atropello, señor!

—Considerando vuestros servicios y mi estimación por vos, no pagáis cara vuestra obstinación.

Don Pedro se hallaba tan iracundo que su rostro veíase congestionado por el furor.

—¡Me niego a tan injusta pretensión!

El rey levantóse de su sitial y se acercó colérico al de Ahonés.

—¡Aquí la guardia! —gritó con la bronca voz de su corpachón de titán—. ¡Pren-dedlo!...

Retrocedió Don Pedro y llevóse la mano a la empuñadura de su espada, pero dando un salto de agilidad pasmosa, Don Jaime le agarró con su diestra la muñeca de la mano amenazadora y no obstante la hercúlea resistencia del noble aragonés, viósele enrojecer de impotencia y vergüenza, deponiendo humillado su actitud.

Pero en aquel momento abrióse la puerta de la cámara e irrumpieron en ella los caballeros del bando de Ahonés y arrojándose sobre la escasa guardia y Don Jaime, libertaron a su caudillo, emprendiendo la fuga.

Repuesto rápidamente el Rey Don Jaime, reunió a su tropa y emprendió la persecución de los rebeldes. Tomaron sus huestes distintos caminos con ánimo de atajar a los fugitivos y cuando el rey llegó con varios de sus caballeros donde los de Ahonés, se habían parapetado, vióles cómo desde lo alto de un altozano, apedreaban a los soldados de su tropa, que al pie del mismo, luchaban inútilmente por remontar la ladera.

Con gran denuedo y acompañado sólo de dos jinetes, Don Jaime se dirigió a un atajo por el que apareció en la meseta de la colina, atacando con arrojo y frenética cólera a los de Ahonés al grito de: «¡Aragón! ¡Aragón!».

La presencia de Don Jaime *el Conquistador*, su poder y valor, disolvieron a los rebeldes, abandonando la colina y su resistencia. Mas la lanza esgrimida por Don Sancho Martínez de Luna, que era uno de los jinetes que acompañaban al rey, había atravesado el pecho de Don Pedro Ahonés. Rápidamente el monarca, corazón noble y magnánimo, olvidando y perdonando ofensas, acudió a sostener en sus brazos a Don Pedro, que va a las puertas de la agonía, parecía con las ojos buscar una mano amiga en aquellos momentos. Su mirada expresó la inmensa gratitud a su rey, que acudía emocionado a socorrerlo. No podía hablar; pero Don Jaime comprendió cuanto quería decirle aquella mirada de arrepentimiento y gratitud. Hallábase el rey en esta embargada actitud de sus sentidos, cuando llegó junto a ellos Don Blasco de Alagón.

—¡Ahorquemos a este traidor! —exclamó encarándose con el monarca.

—«Dios os confunda, Don Blasco—repuso el rey—por consejo tan villano. El

que a Don Pedro quiera herir ha de herirme primero a mí!».

Frase ésta que se refuta completamente histórica.

Trasladado el herido a Daroca, tuvo el consuelo de morir en los propios brazos de Don Jaime *el Conquistador* y vióle derramar lágrimas de aflicción por su triste suerte, anteponiendo su aprecio y cariño a todo otro sentimiento humano.

Su cuerpo fue trasladado a la iglesia de Santa María, donde recibió cristiana sepultura, allí donde se guardan los Santos Corporales.

Y cuando Don Jaime, terminado el fúnebre acto, levantó su rodilla del altar y volvióse hacia la nave de la iglesia, pudo contemplar como tras de él, se hallaban todos los partidarios de Don Pedro Ahonés, tan silenciosos y graves, que no se había dado cuenta de como penetraron en el sagrado recinto.

Con gran sorpresa suya, adelantóse un destacado caballero de entre aquella pléyade de nobles guerreros y con respetuosa reverencia, le besó la mano diciendo:

—¡Aquí se han acabado nuestras discordias, señor!

Y acto seguido, uno a uno, desfilaron ante su rey y le besaron la mano con adhesión y amor reflejado en sus rostros.

¡Así era Don Jaime *el Conquistador*, y este era su poder!

EL TIEMPO

Una noche en que el Sueño andaba lejos, de mí pálida luz a los reflejos, el Tiempo, a solas, penetró en mi estancia a hacerme una consulta de importancia. Y después de pedir con voz sonora perdón por lo molesto de la hora:

—Quiero —dice— saber lo que hay de cierto en un asunto que me tiene muerto: yo no sé lo que soy ni lo que valgo. ¡Y aún me pongo a dudar si seré algo! Tú eres Oro, me dice el comerciante; su Carrera, me llama el estudiante; el labrador, su Afán; tan sólo el necio me condena al olvido y al desprecio. Quién me pinta con alas; quién, sañudo. Unos dicen que calmo los pesares; otros, que los reparto por millares; los que gozan me tienen por ligero; los que sufren, por tardo y majadero. Los jóvenes me llaman su destino y los viejos me acusan de asesino.

Y después de tan larga rociada, ¡el filósofo me dice que soy nada! Así, pues, en tamaño desconcierto, quiero saber de ti lo que hay de cierto; que no sé lo que soy ni lo que valgo y aún me pongo a dudar si seré algo...

Y el tiempo urge... Y mi palabra espera...

Y al cabo respondí de esta manera:

—Todos tienen razón, pues cada hombre como le va contigo te da el nombre. Y, pues oír mi parecer requieres, te diré para mí lo que tú eres: ¡Eres... mi salvación: o mi ruina! Esto me dice la verdad divina; si te pierdo, ¡ay de mí!, serás infierno; si te ocupo en el bien, mi gozo eterno... —¡Publica esta verdad!

—Que el tiempo es llave de la honda eternidad, quien no lo sabe?...

CONSEJOS

Las diversiones

Son muy justas las diversiones después del trabajo del día o de la semana en muchos casos.

Hoy día, las necesidades nos agobian

más que en otras épocas, y son precisas más horas de trabajo que nos ocupan hasta muy avanzada la noche con grave perjuicio, a veces, para la salud y para el buen cumplimiento de nuestros deberes familiares; pero ¿qué vamos hacer? La vida se ha puesto un poco exigente y hasta antipática con tanto sujetarnos a nuestras obligaciones.

Pero, no obstante, algunas horas dominicales, al menos, dedicamos a nuestras diversiones.

Estas, para un espíritu observador, nos dan la medida del nivel espiritual de las personas que nos rodean.

Hay quien cifra toda ilusión, a la hora de divertirse, en distracciones de no muy elevada moral y encuentra gusto en lo zafio, en lo grosero, en lo procaz, jactándose incluso de sus poco delicados gustos.

Hay muchos, también, que sin dejar de buscar un rato de distracción en el deporte, muy loable por cierto, encuentran más placer en la lectura instructiva, o en cualquier manifestación del arte o la cultura. Es cuestión de gustos delicados o de formación espiritual. Y hasta también de amor propio o dignidad personal, pues el hombre debe procurar mejorarse intelectualmente, atendiendo a su formación espiritual o cultural, con objeto de elevarse con toda dignidad sobre las bajezas humanas.

Por sus gustos conoceréis a las personas y podréis clasificarlas con objeto de seleccionar bien a las amistades, cosa muy conveniente a las horas de las distracciones.

J. M.

Comentando

Las cartas de amor

Ya en otra ocasión os he prometido hablaros de algunas cosas relacionadas con la correspondencia que, como censor de una unidad, me obligaba a una lectura, por lo general incómoda y aburrida, pero en la que encontraba, de cuando en cuando, alguna cosa sabrosa y digna de comentario. Claro que en mis manifestaciones de ahora, no podréis nunca encontrar

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

un descubrimiento de nada trascendental, ni de aquello que pudiera interesar vivamente al espionaje del enemigo.

Había en aquella unidad, un individuo enamorado que se las daba de Tenorio, y que, quizás, lo fuese en pequeña escala. Pagado de su figura, se las daba de finolis con las muchachas aldeanas de cerca de su casa, y se dedicó a hacerles el amor por correspondencia. Y le respondieron ardientemente dos chicas, que según consecuencia del galán, tenían palmito. Y a las dos escribía.

Yo, llegué a considerar al muchacho como un caso clínico. Tenía dos corazones, y este fenómeno no le impedía ser normal en todos sus actos de su vida. Apasionado y galante, a las dos festejaba con cartas idénticas, en las que prometía su corazón entero, y cuanto pudiera interesar a la Dulcinea de turno. Es curioso el caso. La misma carta servía para las dos doncellas, con el simple cambio de nombre y dirección.

¡Qué bien escritas estaban aquellas misivas! ¡Qué de ternuras incomprensibles en la aldeana mente del rústico soldado, se desparramaban, como silvestres margaritas en el verde esperanza de aquel campo tan preparado para el amor! ¡Qué de promesas de eternidades y de entregas de corazones completos, a todas horas! Todos los sueños del muchacho (si estaría enamorado) los aprovechaba, quizás por no perder el tiempo, para soñar con su adorada... Comía sin ganas, solo por sostenerse fuerte y no sucumbir a la muerte antes de lograr el anhelado enlace. Trabajaba animado por el constante recuerdo de la adorada... Copiaba al pie de la letra esas cartas empalagosas que venden en los kioscos de periódicos.

Repito, que la misma carta, copiada dos

veces, servía para enamorar a las dos doncellas, y ahí estuvo el mal. Como eran iguales, fácil era confundirlas entre sí, y así pasó un día. Confieso que la malicia no me tentó, y, por lo tanto, que la confusión no fué intencionada. Confieso, pues, mi inocencia en el asunto, y lamento el resultado final, aunque no dejo de alegrarme de él, por lo que significa de malintencionado y tramposo que es el jugar con dos barajas.

Creo que el lector habrá comprendido que cambié las cartas de sobre, mandando a cada muchacha, la carta destinada a la otra.

De las dos contestaciones obtenidas, sacaron los sabios la idea de fabricar la bomba atómica. Cada una de ellas, mató uno de los dos corazones del aguerrido soldado que solo y sin ayuda de ninguna clase sostenía dos frentes; se derrumbaron éstos y perdió la guerra con todos sus desastres consiguientes. Su padre, que al fin y al cabo, era el Estado Mayor de su familia, creyó conveniente tomar parte en el asunto y le escribió una carta, si no tan poética como la de su hijo, sí mucho más contundente, en la que parecía que le amenazaba con una dictadura, que le ofrecía muy pocas esperanzas para reorganizarse otra vez en plan de campaña.

Y yo, inocente bomba que desquició sin intentarlo, aquella campaña tan bien llevada hasta el momento, me agazapé, como un conejo, en mi madriguera, me hice el longuis, y guardé el recuerdo del caso para poder contaroslo hoy, esperando que el interesado me haya perdonado, y quizás agradecido, aquella involuntaria mala jugada.

HERO

JOYERIA-PLATERIA-BELOJERIA
Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTÍN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

proveedor del S. Vaticano

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)